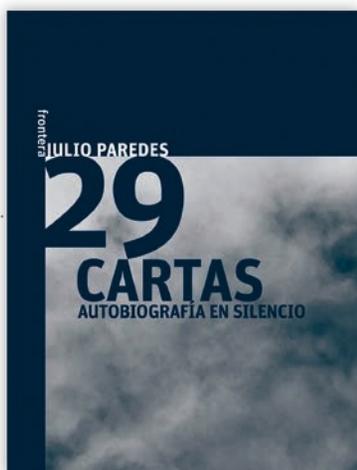


La consolidación de un gran narrador colombiano



29 cartas. Autobiografía en silencio

Julio Paredes
Babel Libros
Bogotá, 2016
280 p.

Durante doce meses, un hombre que ha sufrido un accidente cerebrovascular y ha perdido la memoria a largo plazo escribe veintinueve cartas a una mujer que nunca le contestará, con la única intención de recuperar su identidad, reconocer que tiene un lugar en el mundo y descubrir que la memoria lo liberará.

En un exigente ejercicio narrativo —a medio camino entre el relato breve, la correspondencia autobiográfica y las memorias ficcionales—, Paredes introduce al lector en un infierno íntimo, desolador. J., un reconocido profesor universitario nacido en Bogotá, experto en lingüística, viaja a Budapest para dar una conferencia y buscar información sobre un autor que lo subyuga (el gran diarista alemán Victor Klemperer). Nada de esto se cumplirá, pues una isquemia cerebral lo dejará inerte, casi muerto, a más de diez mil kilómetros de su casa.

Resulta que hoy hace exactamente tres años sufrí un colapso que me lanzó, con un certero manotazo, a un territorio mental desconocido. Un nuevo mundo cerebral en el que no quedó, ni queda, ningún rastro específico del pasado donde estuve y transité por más de cincuenta años (14).

Si bien J. no sufre parálisis de ninguna parte de su cuerpo, su cerebro queda literalmente esparcido en mil pedazos. Sumido en la alexia (incapacidad de reconocer los signos escritos) y la afasia (pérdida del sentido del habla) durante casi doce meses, a tientas, en medio de la oscuridad del lenguaje, trata de atarse a la vida, mientras es acompañado por las manos amorosas de tres mujeres que vigilan su retorno a la realidad: Constanza (su hija), Adriana (su hermana) y Mónica (su novia).

El progresivo anclaje en el presente es brutal. No hay recuerdos; no hay emociones; no hay identidad. Cada cosa exige volver a ser nombrada; la lengua hablada, progresivamente, permite inferir la situación personal, que no es otra que la del Segismundo calderoniano:

... si esto es nacer, solo advierto
este rústico desierto
donde miserable vivo,
siendo un esqueleto vivo,
siendo un animado muerto...

(*La vida es sueño*, Jornada 1, escena 2)

Cada una de las cartas que envía J. a Inés (probablemente una mujer que amó) dan cuenta de la progresiva recuperación del yo con el doloroso descubrimiento de que “yo no soy el que fui” (57). Las misivas se centran generalmente en un hecho a partir del cual se disparan las evocaciones. La venta de su biblioteca (incluidos sus libros publicados, que ya no le dicen nada), el encuentro con una indigente muda que lo espera en el antejardín de su casa, el episodio brusco de la piscina cuando siente que se va a ahogar (era un excelente nadador antes) o el paseo a la costa Atlántica para recuperar la visión y el olor del mar, son apenas piezas de un puzle silencioso que se compone poco a poco, muchas veces con desagrado. Descubrir por boca de su hermana que antes era un académico pedante, incluso un marido sin pasión, egoísta, que fue abandonado por su esposa, lo ubican en un nuevo sitio de la realidad, ahora que es un don nadie.

J. vive solitario en su casa. Lo visitan su hija Constanza (que es ornitóloga), Ligia, una empleada del servicio respetuosa y callada que lo guía por el umbral de las sombras de la vida cotidiana, y Mónica, su novia, que lo acompaña desde unos meses antes del accidente. Qué hacer si no recuerda cómo era amar a la Mónica de antes y ahora a esta que lo ve con permanente asombro. En la carta 17 ella, al fin, explota:

De repente, Mónica pareció arrastrada por un creciente torrente interno y pensé en su pecho como un dique bajo una presión excesiva. Abrió la boca para tomar aire y empezó por una serie de preguntas que se fueron sucediendo una tras otra, como despeñándose entre los dos. ¿Me había olvidado de su mirada y sus ojos verdes? ¿De los términos con los que a veces definía el hecho de haberla encontrado o que usaba para calificar su belleza? ¿De la promesa cercana de una vida juntos? ¿De la manera como la besaba? (84).

A ello se suman las visitas de su antiguo amigo y colega de universidad, Alejandro, al que ya simplemente no reconoce; o los alumnos dilectos que quieren ver al maestro, quien convertido en un ente, apenas saluda con monosílabos.

Descubrimos con J., entonces, que el único, en verdad el único, capital real que tenemos en la vida es el lenguaje y su correlato, la memoria de lo que es significativo. No hay subjetividad sin relato, sin pasado.

La carta 20 es determinante en el libro porque a partir de ella vemos que es posible que un hombre salga del abismo y se reconstruya, con sus dudas, sus afirmaciones, torpezas y sueños. El profesor empieza sus desprendimientos de ese pasado odioso de vanidades profesionales, de “administrador de la verdad”, pues necesita “recuperar el doble que fue” y alcanzar la “arquitectura primordial”. La escritura se convierte en la forma de articular esas esperanzas: estas cartas escritas al viento que permiten ver, maravillosamente, cómo las sinapsis del cerebro se pueden reacomodar y permitir que la luz y la coherencia puedan volver a garantizar un modo de comprender la realidad, las propias emociones, el orden de la vida.

Pronto veremos aparecer la esperanza, incluso el humor (el mejor de los avisos de que no estamos muertos). Ha resuelto dar un cambio drástico a su vida y de la primera que obtiene apoyo es de su hija: “Se alegra por mí y le gusta que los dos estemos en movimiento; ella detrás de pájaros y yo de nubes” (264). En efecto, J. se ha propuesto escribir un libro donde predominarán fotos de nubes, a las que acompañará con breves comentarios. Las nubes de Bogotá —sus formas y movimientos— han sido testigo de su dura reconstrucción como ser humano en tres años.

Con *29 cartas. Autobiografía en silencio* Julio Paredes consolida un estilo y un perfil dentro de los narradores de ficción contemporáneos en Colombia. Centrado desde su ya lejano *Salón Júpiter y otros cuentos* (1994) en describir personajes con una rica interioridad,

generalmente artistas, científicos, escritores (hombres y mujeres), que buscan afirmarse en entornos degradados y que generalmente dan bruscos virajes a sus vidas para no asfixiarse en la realidad agobiante de la Colombia del conflicto armado, ahora en su último trabajo literario alcanza nuevos logros: crear un personaje sólido, construir una atmósfera de extrañamiento y dolor que el lector percibe en las primeras páginas y mostrar una galería de mujeres que empujan el relato con nuevos matices emocionales. Su prosa, entre tanto, se ha zafado de cierto barroquismo y ahora es límpida, un ejercicio retórico de alto vuelo: un español que no dudo en calificar de cervantino, que vigila su propio impacto y es capaz de exponer en registros sofisticados la realidad que nomina.

La crítica ha recibido la obra con aplausos. Catalina Holguín en *Arcadia* la calificó de “libro honesto y diáfano” y Ana Cristina Restrepo en *El Colombiano* señaló: “No es un libro de acción, es un libro silencioso, de reflexión, profundamente conmovedor”. Varios listados lo incluyeron como uno de los mejores libros publicados en 2016 (amén de su bello formato, el trabajo cuidadoso de su editora María Osorio, y la presencia de fotos en cada carta que lo convierten en un objeto barthesiano).

Si bien Paredes es un escritor insular, de poco impacto mediático, *29 cartas. Autobiografía en silencio* no debería pasarse por alto, sobre todo por aquellos lectores maduros, preocupados por el hilo que va del lenguaje a la representación de lo existente, es decir, por aquello que libera a la muerte de su carácter opresivo.

Carlos Sánchez Lozano (Colombia)

